

## COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

### LA REAPERTURA DEL CANAL DE SUEZ

Después de ocho años de estar cerrado a la navegación, el 5 de junio se ha procedido a la solemne reapertura del canal de Suez, en acto de marcado carácter militar que realzó la presencia del presidente Sadat. No fue en 1967 la primera vez que había quedado suspendido el tráfico marítimo por el canal, ya que como consecuencia de la guerra de 1956 estuvo vedado a la navegación durante un año. Por haber sido entonces relativamente corto el período de cierre y ser otras que las actuales las circunstancias políticas y económicas, la reapertura de 1975 no polarizó la atención mundial ni originó excesivos comentarios relativos a la significación y consecuencias de una reapertura que, cuando menos, implica una modificación de rutas marítimas que el paso del tiempo había convertido en habituales, modificación que será favorable para unos países y no tanto para otros. Así, los países petrolíferos del norte de Africa, Argelia y Libia, ya no podrán recargar los crudos con la llamada «prima de Suez», justificada por el ahorro de fletes que suponía comprarlos en esa región antes que en el Pérsico. Ello explica en parte la ira del coronel Ghadaffi ante una reapertura que ha calificado de «traición». En cambio, para el presidente Sadat, la reanudación del tráfico marítimo por el canal es símbolo de paz, de cooperación entre los pueblos y de prosperidad del mundo. Son afirmaciones no exentas de la retórica propia de semejantes actos y que no encajan del todo en la angostura de los actos, siendo el fundamental de tales hechos que no se aprecian en el Próximo Oriente síntomas tranquilizadores de que la situación desembocará forzosamente en los placenteros remansos de una solución definitiva del largo conflicto árabe-israelí, o esa en la paz. La cooperación entre los pueblos tiene, desde luego, una manifestación práctica en la navegación por el canal, al extremo de que, según los acuerdos suscritos en el kilómetro 101 el 11 de noviembre de 1975 entre Egipto e Israel, hasta podrían transitar por él mercancías israelíes —con exclusión de material bélico, por supuesto—,

siempre que no fuera en barcos de bandera israelí. El presidente Sadat no ha mencionado esta condición pactada, pero los dirigentes israelíes no se han privado de recordarla. En cuanto a la prosperidad del mundo, depende de una compleja serie de factores políticos y económicos, en los que la reapertura del canal no tiene la trascendental incidencia que le atribuye el jefe del Estado egipcio, si bien el hecho es de sumo interés para las potencias marítimas y países importadores de crudos, aunque no tanto para éstos como hace años, cuando no se había recurrido a la construcción de petroleros gigantes, cuyo calado no permite el paso por el atajo de Suez y que seguirán fieles a la ruta del cabo de Buena Esperanza.

Con todo, es incuestionable que se registrará en el Mediterráneo una sensible reactivación del tráfico marítimo al dejar de ser ese mar un callejón sin salida. Nadie ha pugnado con tanta tenacidad como el presidente Sadat para poner término a ese entorpecimiento a la navegación por el Mediterráneo, en primer término en bien de Egipto, ya que el canal es fuente de saneados ingresos muy propios para aliviar los males económicos de ese país, en particular una vez duplicados los derechos de paso que regían en 1967. De ese propósito «aperturista» ya dio señales en febrero de 1971, apenas puesto al frente de Egipto después de la muerte de Nasser, al proponer la reapertura del canal previa evacuación por las tropas israelíes de la orilla oriental. La rotunda negativa de Tel-Aviv y el escaso interés de los Estados Unidos por una vía marítima que les coge a trasmano y en cambio favorecía a la URSS, ya implantada en el Mediterráneo y presente en el océano Indico, impidieron que prosperase la propuesta egipcia. Por tanto, puede decirse que desde aquella época uno de los factores que han abocado a Egipto a recurrir a las armas en 1973 ha sido la necesidad imperativa de que volviera a ser navegable un canal que es elemento básico de la vida económica del país. De otra parte, pese a la tirantez creciente de las relaciones soviético-egipcias, las mutuas reservas y recelos, la URSS no ha suspendido nunca su ayuda militar, tanto por su interés en mantener sus posiciones en el mundo árabe como por alcanzar el objetivo del paso de sus barcos por el canal, a fin de enlazar la flota del Pacífico y la del mar Negro con vistas a consolidar su presencia en el Indico. En suma, las incuestionables ventajas que en lo económico y comercial se derivan de la navegación por el canal resultan neutralizadas en lo político y estratégico por las facilidades que brinda a un despliegue naval soviético, tendente a acen-tuar el equilibrio inestable que se registra en extensas regiones comprensivas

del mar Rojo, el estrecho de Bab el Mandeb, el golfo Pérsico y el océano Indico, con incidencia en todo el sur asiático.

Por lo pronto, los barcos soviéticos que navegan por los mares mencionados, distantes unos 12.000 kilómetros de la base de Vladivostok, estarán en adelante a menos de 3.000 kilómetros de las bases del mar Negro, ello sin contar con los puertos de aprovisionamiento asiáticos y muy posiblemente africanos. Aunque Somalia haya negado enérgicamente que Berberá sea una base soviética, la OTAN, a través de un portavoz oficial, ha insistido en que Berberá es una base nuclear soviética, dotada con misiles intercontinentales MIRV. Tal parece confirmar la ayuda económica de 3.000 millones de pesetas que la URSS concede a Somalia, según acuerdo negociado con motivo del reciente viaje a Moscú del vicepresidente y ministro de Defensa somalí, general Mohammed Alí Samater. Ciertamente es que, por su parte, los Estados Unidos han establecido una gran base naval y aérea en Diego-García, isla del archipiélago de Chagos, y que recientes créditos votados por el Congreso apuntan a su ampliación para hacer frente al incremento del potencial naval soviético en el Indico. Pero ante el futuro, y tal vez a plazo no muy lejano, surge un inconveniente que no resuelve definitivamente el acuerdo suscrito en 1966 entre Gran Bretaña y los Estados Unidos para el establecimiento de una base militar en Diego-García, acuerdo vigente por cincuenta años.

En efecto, Diego-García y el archipiélago de Chagos estaban vinculados a la isla Mauricio. En 1965, Diego-García fue separada de la isla Mauricio junto con tres de las islas Seychelles: Aldabra, Farquhar y Desroches, para ser integrada en una nueva «colonia de la Corona», bautizada «Territorios británicos del océano Indico». A punto de iniciarse la conferencia sobre el futuro constitucional de las islas Seychelles, los representantes de esas islas, aun antes de lograda la independencia, piden a gritos el retorno a su soberanía de esas tres islas que estiman birladas. Por consiguiente, no puede descartarse que Mauricio no reivindique a su vez el retroceso de la isla Diego-García. En tal caso, el muro de sustentación del edificio norteamericano-británico en el océano Indico no gozaría de garantías de seguridad, singularmente cuando en 1976 se haya retirado la Royal Navy de Hong-Kong y Singapur, según anunció el *Libro Blanco sobre la Defensa*, publicado en Londres el 19 de marzo pasado.

Si a estas perspectivas se añade que la flota soviética es visitante asidua de la isla Mauricio, que la influencia de Moscú es un hecho en la Unión

India, Bangla-Desh, Somalia y Yemen del Sur, se evidencia que desde un punto de vista estratégico el mundo occidental no tiene por qué echar las campanas al vuelo por la reapertura del canal de Suez, que permite un rápido reforzamiento de la flota soviética del océano Indico con buques procedentes del mar Negro, cuando el océano Indico es región potencialmente conflictiva, donde apuntan nuevos nubarrones. Uno de ellos, Madagascar. Desde el golpe de Estado de mayo de 1972, que derrocó al Gobierno pro occidental de Tsiranana, la pésima situación económica y las tensiones étnicas y políticas llevan al país a escorar a babor en su accidentada navegación. Los recientes disturbios de Yibuti, con su Frente de Liberación apoyado por Somalia, y las incertidumbres relativas a los verdaderos fines perseguidos por la revolución etíope muestran la enorme dosis de optimismo o de mala fe que se precisó para declarar el «océano Indico zona de paz», como hizo la Asamblea General de las Naciones Unidas el 9 de diciembre de 1974. Menos mal que los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la URSS se abstuvieron, dando señales de inteligencia —o de sinceridad.

#### ELECCIONES ADMINISTRATIVAS EN ITALIA

Los resultados de las elecciones italianas de los días 15 y 16 de junio, para la renovación de 15 Consejos Regionales, han provocado cierta sorpresa. Lo sorprendente ha sido esa sorpresa por poco que se haya venido prestando atención al panorama social y económico de Italia, sin mencionar el terrorismo político y de derecho común reinante en ese país desde hace un par de años. Con todo, las elecciones se celebraron sin incidentes, bien es verdad que asegurada su normalidad por un gran despliegue de fuerzas del orden. Su presencia no era superflua para custodiar urnas, colegios electorales y personas y ponerlas a salvo de ataques, golpes de mano, secuestros y demás modalidades de las nuevas formas de lucha política.

En cuanto a los resultados, huelgan los comentarios. Basta con atenderse a la implacable dialéctica de las cifras según los porcentajes de votos: Democracia Cristiana, 35,3 por 100; la sigue de cerca el Partido Comunista con 33,4 por 100; Partido Socialista, 12 por 100; Partido Socialdemócrata, 5,6 por 100, etc. En resumen, el Partido Comunista ha ganado más del 5,5 por 100 con relación a las elecciones de 1972, y el Partido Socialista, algo más del 1,5 por 100. Lógica contrapartida: la Democracia Cristiana está en retroceso, el Partido Liberal sale perniquebrado de la prueba y los dos partidos

que no vacilaron en declararse de derechas, el MIS y Derecha Nacional, que unidos afrontaron las elecciones, han sufrido mermas, prueba evidente de que no siempre la unión hace la fuerza, en particular cuando el propio Gobierno se afana por amalgamar derecha anticomunista y fascismo, como sucede en Italia a los treinta años de muerto Mussolini, obsesionada por el temor de que perduren sus ideas.

Desbordaría ampliamente el límite de estos comentarios analizar las causas, errores y tropiezos que han llevado a la Democracia Cristiana del poder provisional de 1945, por nadie discutido, a las consecuencias de la insistente *apertura a sinistra*. Importante momento de su andadura fue la muerte de De Gasperi, a raíz de la cual las fronteras democráticas empezaron a desplazarse de la izquierda a la derecha, sustituyéndose el gobierno de centro-derecha por la alianza con los socialistas, que, merced a sus divisiones internas, han podido realizar el *tour de force* de que un sector ha disfrutado las mieles del poder mientras que otro figuraba en la oposición junto a los comunistas. Severos censores y fiscales sin flaqueza de la actuación gubernamental y asimismo de las actividades en ocasiones sospechosas en cuanto a honestidad de determinados gobernantes, los comunistas se han visto ayudados en su lógica acción por los socialistas, que no estaban en el poder y que ha animado a moverse hacia una acentuada oposición el complejo de inferioridad que los aqueja frente a los comunistas. No remediará tal complejo el que los comunistas se hayan impuesto en las recientes elecciones no sólo en las grandes ciudades —Roma, Milán, Turín, Bolonia, etc.—, sino de forma espectacular en numerosas regiones italianas, debido posiblemente al acceso a las urnas de los electores de dieciocho años, que, dicho sea de paso, también podrían alterar el recortado equilibrio de las fuerzas electorales francesas en las próximas elecciones legislativas.

Se concibe sin precisar mucha imaginación la consternación de los demócratas cristianos ante resultados electorales que han aconsejado al secretario político de la Democracia Cristiana, Amintore Fanfani, recomendar la unión de las fuerzas democráticas para cerrarles el paso a los comunistas en su avance hacia el poder. Semejante recomendación lleva implícita una reconsideración de la línea política de la Democracia Cristiana, que se presentó como la más genuina representación de los ideales democráticos de Italia y celosa defensora de sus principios, al extremo de caer en concesiones hechas a la izquierda para no apearse del poder. Pero más allá de la *combinazione* que se desarrollaba en el escenario político, entre bastidores, o sea, en esa

«base» que son los Sindicatos, la Universidad, la Policía e incluso la Magistratura, los termitas han ido royendo el edificio del teatro, que corre el riesgo de desmoronarse y sepultar a la Democracia Cristiana, pese al apuntalamiento del Partido Socialista, que a última hora brujuleará para pasarse al campo victorioso, haciendo caso omiso de las advertencias de Mario Soares, harto escaldado por su propia experiencia. Porque nada permite vaticinar que en las elecciones legislativas no seguirán avanzando los comunistas, singularmente si no remite la crisis económica, la inflación y el paro. No serán las oleadas de huelgas que desencadenan cada dos por tres los Sindicatos o el clima de zozobra reinante por obra y gracia de los activistas de todo pelaje los que sanarán aquellos males. Pueden llevar a Italia a convertirse en nuevo interrogante ante el futuro, tanto de Italia en sí como en función de su papel en la defensa y estabilidad de Europa, encomendadas a una OTAN con visos de fortaleza que corre el riesgo de venirse abajo por su flanco meridional.

Ojalá no sea tal la suerte de esa fortaleza repleta de pertrechos bélicos, pero singularmente desprovista de los medios de defensa adecuados para enfrentarse con éxito a avances ideológicos cuyas consecuencias pueden ser una modificación sustancial de la situación en Europa. Porque caso de proseguir Italia por el camino emprendido a mediados de junio, no podría decirse de ella como dijera Metternich: «Es una simple expresión geográfica.» Es precisamente su geografía la que introduciría un nuevo factor de incertidumbre en el Mediterráneo.

#### LAS NEGOCIACIONES HISPANO-NORTEAMERICANAS

El 19 de junio concluyó en Washington la sexta ronda de negociaciones hispano-norteamericanas, que han de reanudarse en Madrid el 30 de junio, a fin de acelerar los trabajos, o saltos de obstáculos, tendentes a sustituir los acuerdos existentes, es decir, a innovarlos.

El investigador del futuro, autorizado a huronear en los archivos de Washington, Madrid y la OTAN, tendrá elementos de juicio de que no disponemos para conocer el papel que se pretende asignar a España al socaire de esa «defensa de Occidente» que es en definitiva uno de los aspectos de la política global de los Estados Unidos en cuanto superpotencia, aunque a estas alturas resulte poco menos que impensable el ataque armado de la

URSS a la Europa occidental, que se dio por inminente a raíz de la II Guerra Mundial y principios de la década de los cincuenta. De no ser así, no se habría celebrado la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, a punto de culminar, ni se negociaría la MBFR. Es más: de no ser así, en la «Declaración atlántica» del 26 de junio de 1974 los Estados Unidos no se hubieran comprometido inexcusablemente a intervenir, incluso con «las fuerzas nucleares», en caso de ataque soviético a una o varias de las partes del Pacto Atlántico. No se comprometieron a tanto en 1949, cuando la URSS no era todavía potencia nuclear. El artículo 5.º del Tratado del Atlántico Norte no deja lugar a dudas a este respecto. Es cauto en materia de intervención armada norteamericana. Por temerse entonces una agresión soviética a la Europa del Oeste, procedía ser prudente. Que en 1974, cuando la URSS dispone de pavorosos medios de destrucción, susceptibles de alcanzar el territorio norteamericano, los Estados Unidos salgan fiadores a todo trance de los países europeos lleva a la conclusión de que Europa, en principio, queda excluida de un eventual choque armado soviético-norteamericano. Ello no pretende decir que la URSS haya renunciado a ejercer su influencia en la Europa occidental. Pero las armas que utiliza para lograr ese objetivo son más sutiles y contra ellas son de nula eficacia los medios bélicos, por mucho que se multipliquen.

De plantearse realmente un riesgo de ataque armado por parte de los países del Pacto de Varsovia, puede estimarse sin aventurarse mucho que, en razón de la importancia geoestratégica de España para la defensa europea, no hubiera habido en Bruselas el pasado 30 de mayo país que se negara a abrirle de par en par las puertas de la OTAN, como propuso el presidente Ford, que, según las apariencias, tomó esa iniciativa sin la venia española, o sea incurrió en oficiosidad. Ningún país de la Alianza atlántica hizo aspavientos por la presencia en la OTAN de la Grecia llamada «de los coroneles» —es precisamente la Grecia democrática la que se ha autoexcluido de la organización— ni tampoco por codearse con el Portugal de Salazar y Caetano —es el Portugal del 25 de abril el que suscita recelos—. Por tanto, parece evidente que el argumento del régimen español es mero pretexto encubridor de razones más válidas. Hay un hecho sintomático: las mayores reservas las han formulado los países de la OTAN geográficamente más alejados de esa nueva zona conflictiva que es el Mediterráneo, que trae a mal traer a los Estados Unidos. En cambio, España, país mediterráneo, por su situación geográfica, puede ser pivote estratégico de todo conflicto en esas áreas. Por

tanto, para países que se consideran a salvo de sobresaltos bélicos, es peligroso compromiso ir del brazo de España por la calle de la OTAN, una OTAN que queda a salvo de las peripecias del Próximo Oriente, como se evidenció en 1973. Pero una España miembro de la OTAN implicaría a los demás países miembros en cualquier choque armado que afectara su territorio. Tal vez fuera éste el objetivo perseguido por el empeño de los Estados Unidos, descosos de contar con sus aliados europeos de originarse un conflicto en áreas exteriores a las definidas en el Tratado del Atlántico Norte de 1949, posteriormente ampliadas a Grecia y Turquía, sin más.

Que tal deducción no sea una hipótesis, sino una posibilidad, lo evidencia que, según los medios informativos nacionales, durante la última ronda de negociaciones, el Gobierno español hizo saber que no permitiría el uso de las bases norteamericanas en España para el tránsito de abastecimientos militares a Israel en caso de guerra. La advertencia es tanto más oportuna cuanto que no puede excluirse un nuevo conflicto en el Próximo Oriente. En efecto, no se han resuelto ninguno de los grandes problemas pendientes, en particular la evacuación de los territorios ocupados por Israel en 1967 y la creación de un país que acoja a los palestinos expulsados de su patria. Sin duda, Egipto y Siria se han avenido a que sigan presentes en el Sinaí y el Golán los cascos azules. Pero éstos no podrán seguir indefinidamente apuntalando la paz. Entre tanto, todos hacen acopio de medios bélicos más modernos y destructores que por lo pasado, en parte facilitados por los propios Estados Unidos. De ahí que cuando se retiren los cascos azules sea de presumir un choque armado de suma violencia que deje chicos a los anteriores, con todos los riesgos que entraña la posibilidad de que las superpotencias no se limiten a ser meros espectadores o «hinchas». Lo incongruente, además de trágico para nuestro país, sería que España desempeñara entonces el papel de bastión o pivote de la estrategia de los Estados Unidos ¡junto a Israel!

#### UN NUEVO PAÍS INDEPENDIENTE: LA REPÚBLICA POPULAR DE MOZAMBIQUE

El 25 de junio el polluelo rompió la cáscara y la República Popular de Mozambique echó a andar por el camino de la independencia. Mientras se arriaba la bandera portuguesa hubo gritos insultantes y silbidos, seguidos de cantos y danzas africanas al alzarse la abigarrada bandera del FRELIMO —verde, roja, negra y amarilla—, partido único identificado y confundido



con la nueva nación. Nada nuevo bajo el sol. Similares manifestaciones de exaltado patriotismo se dieron cuando otros polluelos rompieron la cáscara y aclamaron al dirigente que había de regir sus destinos. En este caso semejante tarea incumbe sin discusión a Samora Machel, lo que simplificó notablemente la rápida descolonización de Mozambique y el haber podido imponer de antemano una Constitución según la cual el «camarada presidente» («señor» es burgués) será a un tiempo presidente del Consejo de Ministros y de la Asamblea Nacional Popular, así como jefe de las fuerzas armadas. En suma, todos los poderes están en manos de Samora Machel, lo que suena a dictadura. Ciertamente que la declaración que ha hecho anunciando que «Mozambique será el primer país socialista de África» quita hierro a la cuestión de la dictadura, que, como nadie ignora, es nefasto sistema que existe únicamente en países no socialistas, extremo éste que sólo ponen en duda los inadaptados políticos.

Acto seguido de haber arrumbado en el desván de la Historia casi cinco siglos de presencia portuguesa en esa región del África oriental, Samora Machel hizo una declaración programática. No recurrió a ninguno de los veinte idiomas tribales hablados en Mozambique; se expresó en portugués, lengua oficial de la nueva nación, y previo recuerdo de la perversa actuación de Portugal, es decir, «del imperialismo y el colonialismo», mostró cuán feliz era su sustitución por el poder absoluto del partido en todos los asuntos del país, la subordinación del Estado al FRELIMO y las esperanzas que en él depositaba el pueblo. Como quiera que Samora Machel es jefe político y militar de ese partido único, la conclusión se impone al más lerdo. Nada nuevo bajo el sol. Ya dijo Luis XIV: «El Estado soy yo.» Tampoco se mostró original Samora Machel al trazar las perspectivas de futuro del país: poner término a la explotación del hombre por el hombre, al subdesarrollo, a la miseria, a la ignorancia, a la delincuencia, etc. Ayuno está el mundo de que un político presente al pueblo un programa en el que se promete todo lo contrario. Sin poner en duda la buena fe y buena voluntad de los que prometen alcanzar tan deseables objetivos, el caso es que no sólo del dicho al hecho hay mucho trecho, sino que se interpone la realidad, que desconcierta e impone cambios de rumbo.

Por lo pronto, está la realidad de un territorio de 783.000 kilómetros cuadrados en el que reina la inflación, el paro y la fuga de capitales, deficiente en sus estructuras e infraestructuras económicas, con una agricultura mediocre y contadas riquezas del subsuelo, país más bien pobre que sólo

puede dar trabajo actualmente a una parte de la población. Pero desarrollar la agricultura y eventualmente industrializar a marchas forzadas, sobreplantar problemas técnicos y de mano de obra especializada, requiere capitales que Portugal, desde luego, no está en condiciones de facilitar. Pueden no faltar ayudas internacionales; si bien parecen dudosas las del mundo occidental, aleccionado por las cuantiosas inversiones hechas, en particular por los Estados Unidos y la República Federal, en la presa de Cabora Bassa, que están en entredicho. Siempre es posible que los países socialistas de Europa acudan en socorro del nuevo país, después de reconocerlo sin perder un minuto, pero ello supone hipotecar en cierto modo la actividad exterior mozambiqueña en función de una situación económico-social que, según Samora Machel, necesita urgentemente 400 millones de dólares como mínimo. Dado el interés que la URSS concede al Indico, luego al Africa oriental, es de presumir que directamente o por países del Este interpuestos no vacilaría en prestar ayuda a Mozambique si este país, por boca de su máximo representante, no se hubiera manifestado adicto al maoísmo, con el que ha tenido contactos en la Tanzania fronteriza, país donde China Popular goza de gran predicamento y con el que Samora Machel ha sugerido crear una federación junto con Zambia, también fronteriza. En principio el proyecto no parece descabellado, si bien, de ponerse en práctica, lo más probable es que el tribalismo que subsiste operante bajo el rótulo de nación se tornara virulento a escala federal, pese a las afinidades entre los dirigentes de los tres países.

Muy otro es el caso del pequeño Malawi, encogido entre Zambia, Mozambique y Tanzania y acusado de estar vendido a la finanza internacional. Y nada digamos de Rhodesia y Africa del Sur, asimismo fronterizos, países con los que las relaciones son difíciles de entrada. En vísperas de la independencia, Rhodesia cerró sus fronteras con Mozambique, país por el que tenía salida al mar por el puerto de Beira, que absorbía la casi totalidad de su comercio exterior y proporcionaba unos 1.500 millones de pesetas por tráfico portuario. La imposibilidad de utilizar ese puerto puede asestar a Rhodesia un golpe mortal, tanto más cuanto que Samora Machel ha declarado rotundamente que no mantendrá relaciones con el Gobierno de Salisbury. Sin duda, siempre cabe que, aun denostando el régimen racista de Ian Smith, Mozambique acceda a que las mercancías rhodesianas transiten por el territorio y salgan por Beira, en razón de los ingresos que produce el tráfico comercial. Pero, dados los bríos con que Samora Machel inicia

su andadura, parece poco probable que renuncie a aportar no su granito, sino su puñado de arena para crear dificultades a Rhodesia y suscitar la admiración de la OUA. Tal parece confirmar la retirada de la flota británica encargada del bloqueo de Beira para impedir el suministro de petróleo a Rhodesia, único bastión occidental en un Africa oriental en la que impera un «neutralismo» que con la ayuda de la URSS y China se torna en socialismo.

En términos menos tirantes se presenta la cuestión de las relaciones con Africa del Sur, a pesar de que Samora Machel se haya puesto al lado de los adversarios del poder blanco, por lo menos verbalmente. Tal vez la perspectiva de que los 150.000 mozambiqueños que trabajan en Africa del Sur puedan ser devueltos a su tierra natal, engrosando las masas de parados, haya incitado al dirigente del FRELIMO a contemporizar y no romper los acuerdos suscritos con aquel país por el colonialismo. Por lo demás, la enorme cantidad de energía producida por Cabora Bassa no puede absorberla Mozambique, cuando menos a corto plazo. Necesita comprador. El comprador designado es Africa del Sur. Pese a su racismo, no regateará el precio del kilovatio, lo que supone ingresos no desdeñables. De otra parte, tampoco ha dado señales de querer prescindir de la mano de obra mozambiqueña, lo que alivia el paro del país de origen y permite vivir a numerosas familias. Dadas las estrecheces del Mozambique recién independizado, quizá sea preciso resignarse en lo inmediato a una parcial dependencia económica de Africa del Sur que parece insoslayable, aunque irritante para un orgullo nacional que se acaba de estrenar. Ello entraña el peligro de un resentimiento generador de concesiones a potencias ajenas a Africa y de una radicalización del socialismo de nuevo cuño con que Samora Machel se propone asombrar al mundo.

#### EL ARCHIPIÉLAGO DE LAS COMORES SE DECLARA UNILATERALMENTE INDEPENDIENTE

En política internacional puede emplearse con frecuencia y propiedad el traído y llevado tópico de que el bosque no deja ver los árboles, porque la constante consideración de los grandes problemas planteados distrae la atención de los diversos factores que los integran. Aunque la cuestión del océano Índico no tenga prioridad en las preocupaciones diarias, no es reciente ni ignorada la solapada lucha de influencias y predominio que las dos superpotencias mantienen en esas áreas. Por mucho que pregonen su entendi-

miento amistoso fuera de la atmósfera terrestre, no es éste tan evidente a ras de tierra. Es decir, que a la chita callando los Estados Unidos y la URSS se afanan por apuntarse tantos en esa cancha comprensiva de países, territorios o zonas que por sus circunstancias internas de inestabilidad, inmadurez o debilidad incitan a los dos jugadores a proseguir en su esfuerzo por imponer su indiscutible e indiscutida prioridad en el océano Indico.

En razón del partido que juegan en función de sus respectivas estrategias a escala mundial, son de interés todas las incidencias, incluso al tratarse de lo que acaece en territorios tan ínfimos como las islas Comores, cuya superficie total apenas si es de 2.216 kilómetros cuadrados y cuya población es inferior a los 200.000 habitantes. Al término de una serie de vicisitudes en cuanto a su *status* jurídico, las islas Comores pasaron a ser territorio de Ultramar en 1958. Dotadas de autonomía interna en 1961, los vientos independentistas arreciaron en esas islas de suelo volcánico, luego pobres, pero importantes desde un punto de vista estratégico por su situación entre Madagascar y Mozambique, o sea en el centro norte del canal de Mozambique. Replegada Francia de Madagascar en 1960, esas islas, situadas a miles de kilómetros de la metrópoli, han perdido importancia en el marco de una estrategia estrictamente nacional, aparte de ser una carga económica, por cuanto Francia ha venido facilitando el 80 por 100 de los recursos del presupuesto comorano. Ello explica que el Gobierno francés no se preocupara en demasía de las Comores ni descartara la posibilidad de que expresara su voluntad de independencia o de mantenimiento de los vínculos actuales. De ahí el referéndum celebrado el 22 de diciembre de 1974, al margen de otras motivaciones. El resultado global fue un 95,56 por 100 de votos favorables a la independencia, si bien de desglosar los resultados isla por isla —Gran Comore, Moheli, Ajuan y Mayotte— resultaba que en Mayotte el 65 por 100 de la población pretendía seguir siendo territorio de Ultramar, cuando menos (la isla de la Reunión y Martinica tienen la categoría superior de «departamento francés» desde 1946). Hay que puntualizar que la población de Mayotte se compone mayoritariamente de franceses allí nacidos o importados, que con vistas a desligar su suerte del resto del archipiélago organizaron manifestaciones y disturbios al conocerse los resultados del referéndum, además de llamamientos a París.

Amenazados de dejar de ser franceses o abocados a salir del país rumbo a la metrópoli, acudieron en primer término al Consejo Constitucional denunciando irregularidades electorales que habían privado de voto a miles

de electores. Sus clamores hicieron mella en el ánimo de la misión parlamentaria que se trasladó a las Comores para estudiar la situación. Debido al informe redactado a su regreso y al dictamen del Consejo Constitucional, el 30 de junio la Asamblea nacional francesa aprobó un proyecto de ley según el cual la futura Constitución de las Comores había de someterse a referéndum, pero no globalmente como el anterior, sino isla por isla. Era aplazar la proclamación de la independencia del archipiélago en contra de la promesa de concederla el 15 de julio de 1975, hecha por el candidato a la presidencia, Giscard d'Estaing, al jefe del Gobierno comorano, Ahmed Abdallah. Por lo menos tal afirma sin rodeos, y se supone que con algún fundamento, François Mitterrand en su reciente obra *La paille et le grain*, refiriéndose a un sórdido compromiso derivado del apoyo electoral de las Comores en la «segunda vuelta» de las elecciones presidenciales de mayo de 1974. Fuera o no fuera cierto semejante chalaneo, el 6 de julio, liándose la manta a la cabeza, Ahmed Abdallah convocó la Cámara de Diputados comoranos y, presentado el proyecto de proclamación unilateral de independencia, se aprobó por unanimidad, haciendo caso omiso de la decisión del Parlamento francés, todavía con teórico poder en las Comores. De paso, en calidad de jefe de ese Estado surgido por partenogénesis en la vida internacional, resultó elegido Ahmed Abdallah, de quien se dice que ha conseguido una enorme fortuna especulando con el arroz, alimento básico de los autóctonos. Quizá sea pura calumnia.

El Gobierno francés acogió la noticia de la proclamación unilateral de independencia de las Comores «con serenidad», según decía la declaración oficial dada a conocer a raíz del Consejo de Ministros del 9 de julio. Es excelente estado de ánimos para enfrentarse con lo inesperado y lo enojoso. En la declaración no se hacía alto ante la actividad desplegada sin pérdida de tiempo por el flamante Estado para comunicar su existencia a las Naciones Unidas y a la Organización para la Unidad Africana (OUA), dos de cuyos miembros, Argelia y Guinea, se apresuraron a reconocerlo. Además de la serenidad de que hacía gala el comunicado, se señalaba que, «tratándose de la isla de Mayotte..., el Gobierno tomaría en cuenta la voluntad manifestada por su población», añadiendo más adelante que «en lo que concierne a la isla de Mayotte, la ley francesa seguiría vigente en la misma. Las demás islas no intervendrán para impedir que Mayotte siga el destino que ha elegido. El Gobierno francés dará a conocer su punto de vista sobre

la cuestión en el momento oportuno». La alambicada fórmula sugería que el Gobierno francés no estaba dispuesto a consentir el *Anschluss* de Mayotte.

Diversas razones podían fundamentar semejante postura. Dada la situación existente en Yibuti, la decisión unilateral de las Comores, de aceptarse resignadamente, sería propia para alentar una oposición nacionalista que goza de apoyos en el exterior. Y es bien sabido que, pese a haber perdido su imperio, Francia no se aviene a carecer de alguna proyección mundial. Una de las bazas para lograr ese propósito es su presencia en Yibuti, punto clave en ese mar Rojo de vital importancia debido al desplazamiento paulatino de la tensión en el Mediterráneo al golfo Pérsico... y al océano Indico, donde las Comores no carecen de importancia estratégica. Por lo demás, Francia podría argüir, incluso de cara al Tercer Mundo, con el que se esfuerza en congraciarse, que imponer a Mayotte la independencia comorana—los habitantes de Mayotte ya se estiman independientes en cuanto franceses—sería clara violación del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, derecho tan poco respetado como frecuentemente invocado. Con todo, no se evidencia que el Gobierno francés haya decidido firmemente por qué camino va a tirar, o sea si está dispuesto a poner por obra los medios adecuados para que Mayotte permanezca en el ámbito de Francia.

Decir, con el diputado de esa isla Marcel Henry, que «la evolución de la situación en el archipiélago depende de la decisión que adopte el Gobierno francés» es una perogrullada que nada aclara. Por supuesto, en el caso de las tres islas que han optado mayoritariamente por la independencia, poco puede hacer el país que ha abierto la puerta de la jaula al pájaro. Ni siquiera mantener allí una influencia efectiva a base de ayudas económicas, imprescindibles, desde luego. Hay otros candidatos para esa obra de misericordia. En cuanto a Mayotte, el 21 de julio los medios informativos dieron la noticia de que barcos de guerra franceses navegaban rumbo a la isla. Era la medida oportuna para desalentar toda veleidad invasora por parte de los independizados comoranos. Seguidamente se desmintió que el Gobierno francés abrigara la perversa intención de establecer una muralla naval en torno a la amenazada isla. Se quitó hierro al asunto, pero el observador se sumió en la perplejidad. Sea como fuere, en la referencia del Consejo de Ministros del 23 de julio no se hizo la menor alusión a las Comores. «En boca cerrada no entran moscas», por supuesto, pero el silencio de París tanto puede interpretarse como aceptación del hecho consumado de la proclamada independencia como firme decisión de que Mayotte no quede engu-

llida por una declaración unilateral de independencia, envolviendo esta decisión en un velo de silencio para ocultar la inevitable participación militar, susceptible de levantar ampollas en amplios sectores de la opinión gala. Es técnica ya puesta en práctica en el Chad. ¿Se utiliza de nuevo en el caso de Mayotte?

#### EL VIAJE A EL CAIRO DEL REY JALED Y EL PRECIO DEL PETRÓLEO

Al acceder el rey Jaled al trono de Arabia Saudita, uno de los rasgos que más se destacaron de su poco menos que desconocida personalidad era su afición a la vida recoleta. «Gajes del oficio», el rey Jaled ha tenido que renunciar a su sosiego y tan pronto como finalizó la Sexta Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores de los Países Islámicos, inaugurada en Yedda el 12 de julio, se trasladó el día 16 a El Cairo en visita oficial, mejor dicho triunfal, dado el recibimiento que se le dispensó. Era la primera vez que como monarca se asomaba al exterior, lo que pone de manifiesto la importancia que Arabia Saudita concede a sus relaciones con Egipto en el contexto del mundo árabe y, en particular, del mundo árabe del golfo, en tiempos esquinado con El Cairo. Sin embargo, no puede atribuirse exclusivamente al presidente Sadat el nuevo sesgo de las relaciones de Egipto con ese sector de la arabofonía. El presidente Nasser ya había rectificado el desacertado tiro de los primeros años de su acción política y acometido el acercamiento a Yedda, singularmente brindándose como mediador entre Arabia Saudita y Yemen del Sur en el conflicto que opuso a estos dos países en 1969. La iniciativa fue bien acogida y originó que a finales de ese año el rey Faisal visitara El Cairo. El presidente Sadat ha seguido la pauta marcada por su antecesor, y consecuencia lógica del estrechamiento de las relaciones de todo orden entre Arabia Saudita y Egipto ha sido el distanciamiento de este último país de la URSS y su acercamiento a los Estados Unidos, distanciamiento y acercamiento no carentes de ambigüedad, equívocos e imprecisiones tales que en ambos casos no se imponen los límites exactos de la amistad y la enemistad. Así, fue la URSS la que facilitó la ayuda militar que permitió la arremetida contra Israel de octubre de 1973, mientras los Estados Unidos ha proporcionado desde entonces apoyo económico, cifrado para el año fiscal 1974-1975 en 250 millones de dólares en concepto de préstamo y 110 millones en concepto de ayuda alimentaria. Pero ambigüedad, equívoco e imprecisiones no son privativos de las relaciones

entre Egipto y los dos supergrandes. Otro tanto sucede con las relaciones entre Arabia Saudita y los Estados Unidos de considerar las duras palabras del rey Jaled en el discurso inaugural de la Conferencia Islámica, en el que denostó el sionismo, «la forma más atroz de imperialismo y colonialismo», que casualmente respira militar y económicamente por los pulmones de su amigo norteamericano. Y nada digamos de Turquía, aliada de los Estados Unidos en la OTAN, que en Yedda aprobó la resolución tendente a pedir la expulsión de Israel de las Naciones Unidas, como la pidiera Irán, país amigo de los Estados Unidos, a los que está vinculado política y militarmente en la olvidada CENTO.

En cambio, en el caso concreto de las relaciones entre Yedda y El Cairo se suscitan pocas dudas respecto a su solidez, coherencia y clara cooperación, que, aparte de la ayuda militar, se manifiesta con cuantiosas inversiones sauditas para promover el desarrollo económico egipcio. Al parecer, la concesión de una nueva y sustancial ayuda financiera a El Cairo ha sido uno de los temas de las conversaciones, preparadas por el sobrino del monarca saudita y su consejero privado, Gamal Adham. Ambos tuvieron como principal interlocutor a Ashraf Marwan, consejero político del presidente Sadat o especie de doble del ministro de Asuntos Exteriores, que, a salvo de obligaciones protocolarias y viajes a los que no puede sustraerse el titular de la cartera, está en condiciones de dedicar toda su atención y tiempo al estudio de los problemas delicados. Sea o no cierto este reparto de tareas, el caso es que la amistad entre los dos grandes países árabes es factor esencial de la diplomacia y la política del Cercano y Medio Oriente, por cuanto el conflicto árabe-israelí, en su día localizado, tiende a implicar a los países del golfo, ello en forma que no es puramente verbal, aparte de ser el Medio Oriente puesto fundamental de la lucha por el predominio en esas áreas que corre a cargo de las superpotencias.

Complemento de los planes de inversión y desarrollo aceptados por Arabia Saudita en favor de Egipto, parece ser que ha surgido un nuevo proyecto de cooperación no sólo entre esos dos países, sino ampliándolo a todos los países árabes, y que ésta ha sido cuestión preferentemente tratada y concretada en las últimas conversaciones de El Cairo. Semejante proyecto, pergeñado por Egipto, apunta a crear una industria de armamentos con aportes, naturalmente, de los países árabes que disponen de grandes medios financieros, es decir, de los productores de petróleo, y contando incluso con Irán.



Aunque no es país árabe, en fin de cuentas es islámico y, además, petrolífero. La reciente visita a Teherán del príncipe heredero de Arabia Saudita, emir Fahed Ibn Abdel Aziz, no tuvo otra finalidad que recabar la participación iraní en el bosquejado proyecto, que coincide con la preocupación de Irán por conseguir cierta autonomía en materia de pertrechos bélicos. Por lo menos tal cabe deducir del plan de montaje y producción local de carros de combate utilizando una patente británica. Por corto que sea ese paso, es exponente de una tendencia que engrana con el propósito de organizar una industria árabe de armamentos.

Sin embargo, se impone que la participación de Irán supondría una reorientación de su política exterior; de hecho, una opción en el conflicto que opone los árabes a Israel, que Irán reconoce y al que suministra petróleo. De otra parte, tal participación puede que plantee problemas financieros llegada la hora de la aportación a escote en un proyecto inicialmente calculado en 1.600 millones de dólares. Por crecidos que sean los ingresos que van a las arcas iraníes, son muchos y costosos los proyectos de desarrollo que se han acometido, todos ellos afectados por la imparada inflación mundial y la disminución sensible de las exportaciones de crudos. De ahí que a finales de junio las previsiones del plan global de desarrollo se rectificaran a la baja. Pero ¿se excluirá Irán de un proyecto que puede cimentar la unión de todos los países del golfo hasta establecer las bases de una política regional en la que desempeñaría lucido papel? Hay indicios que permiten vaticinar que no—caso de cuajar el proyecto—y que se ha dado con la fórmula que permite salvar el obstáculo financiero.

El 21 de julio, con motivo de la visita a Teherán del presidente de México, Luis Echevarría, el sha declaró en conferencia de prensa que el precio del petróleo debía elevarse y que en este sentido presionaría en la reunión de la OPEP a celebrar en septiembre, aunque tal elevación no fuera del orden del 35 por 100, porcentaje en que ha aumentado una inflación mundial en la que estimó que la subida de tres a diez dólares por barril sólo había tenido una incidencia del 2 por 100. Débase o no al proyecto de industria árabe del armamento la decisión del sha de abogar por un aumento del precio de los crudos, los países importadores están advertidos de la postura adoptada por el más ponderado y razonable de los representantes de países productores de petróleo. Queda por ver la que adopten los más lanzados. A guisa de consuelo, los países importadores podrán ofrecer a porfía

maquinaria, equipos industriales y asesoramientos técnicos. Serán imprescindibles para crear eventualmente la proyectada industria, que de convertirse en realidad operante supondría para algunos perder clientela.

#### PERIPECIAS EN EL CAMINO DE LA INDEPENDENCIA DE ANGOLA

Si la prensa diaria y medios audiovisuales jadean para acompasarse al ritmo acelerado de los acontecimientos que se registran en Angola, es oportuno al desfase abordar el tema en una publicación bimestral. Con todo, por fluida que sea una situación política, se desarrolla en un marco de realidades permanentes, en este caso los partidos independentistas y el objetivo de la toma exclusiva del poder, que por ser el que todos persiguen genera implacables antagonismos. Cuando después de la «cumbre» de Mombassa los representantes del MPLA, Agostinho Neto; del FLNA, Holden Roberto, y de UNITA, Jonás Sawimbi, firmaron a primeros de año en Penina acuerdos con Portugal para constituir en Angola un gobierno de transición comprensivo de ministros de las tres facciones, poco faltó para que se echaran las campanas al vuelo. ¡Por fin había surgido el interlocutor único con quien negociar! Superadas y caídas en el olvido rivalidades y luchas sangrientas entre los protagonistas de la independencia, parecía que en pacífico codo con codo iban a avanzar hacia una meta cuyas mieles repartirían a prorrato. Era no contar con viejas enemistades de raíz tribal y personal y desenfrenadas ambiciones de poder no compartido, que actúan como poderoso acicate detrás de la cortina de humo de denominaciones rimbombantes, siglas y hasta atribuidas ideologías. La ficción de la reconciliación entre el MPLA y el FLNA, que incluso en plena guerra contra Portugal guerrearon entre sí, apenas si ha resistido el paso de contados meses, mientras que UNITA, como por lo pasado, se ha mantenido al margen, en parte por su moderación, en parte por no tener la estatura requerida para enfrentarse con los otros dos partidos, incluso por separado. Por ello no se ha mencionado a UNITA en las luchas armadas iniciadas en el pasado mayo, suspendidas por un alto el fuego, reanudadas, parcialmente suspendidas y con amenaza de reanudación que podría implicar al ejército portugués, y así hasta dificultar la cuenta, lo que no impide estimar que actualmente en Angola reina el caos. No es un caos tan desorganizado que en esa mezcla de ambiciones, tribalismo, ideologías e intereses no pueda percibirse una

tendencia a la desmembración del territorio por separatismo, no sólo ya en Cabinda, sino también en Uige, al Norte; Cunene, al Sur, y Moxico, separatismo que eventualmente podría desembocar en anexiones o unificaciones.

Por lo pronto, después de los combates, más exactamente la feroz guerra civil de que ha sido teatro Luanda en junio, parece claro que allí campa por sus respetos el MPLA, aun descartando la acusación formulada por el FLNA de que así es merced al apoyo de Portugal, que desde los tiempos de la presencia en Angola del almirante Rosa Coutinho tiene predilección por el marxista Agostinho Neto. En cambio, en el norte del país, fronterizo con Zaire, que apoya sin reservas a Holden Roberto y su FLNA, domina este partido, al que se ha unido con sus huestes Daniel Chipenda, disidente del MPLA desde la llamada «revuelta del Este», que se produjo durante la lucha armada contra Portugal. Daniel Chipenda dispone de fuerzas aguerridas, bien pertrechadas, y goza de gran ascendiente en las tribus del Este. Excluido de la «cumbre» de Mombassa, luego no signatario de los acuerdos de Penina, se ha mantenido en pie de guerra, quizá en espera de hacer acto de presencia en el escenario angoleño en el momento oportuno y recordar su existencia de forma contundente. En todo caso, amplias zonas del Este están bajo su jurisdicción y, de no dar resultados decisivos su adhesión y apoyo al FLNA, no puede descartarse un repliegue e implantación en sus pagos colindantes con Zaire, país amigo. No tan a mano tiene el MPLA a su amiga la República Popular del Congo, por predominar en el centro y singularmente en Luanda, por cuanto su proyección en el país es preferentemente urbana y en la clase considerada intelectual. Tal vez esas diferencias en lo geográfico y lo social supongan un riesgo más de desmembración de Angola.

Al apoyo de Zaire al FLNA instalado en Uige puede agregarse el eventual y discreto aliento de Africa del Sur al latente secesionismo de Canene, fronterizo con Namibia, donde se diseña un movimiento de angoleños deseosos de desligarse del poder central, tanto más cuanto que la región es agrícolamente rica y promete ser gran productora de energía exportable a Namibia merced a la construcción del complejo hidroeléctrico del río Cunene, en la que participa precisamente Africa del Sur. Sin embargo, mientras Jonas Sawimbi ha hecho declaraciones favorables a una cooperación económica con Africa del Sur, aun rechazando con horror su *apartheid*, parece ser que guerrilleros angoleños de UNITA han engrosado las filas del movimiento de

liberación de Namibia, el SWAPO. Tan contrapuestos comportamientos lo mismo pueden ser fruto de la indisciplina y confusión reinante en las filas de UNITA como un apostar a pares y nones: una Namibia indefinidamente tutelada por Africa del Sur o independiente, pero en ambos casos complementaria de Cunene, yendo a su aire.

En cuanto a Cabinda, trozo de territorio situado en la desembocadura del río Congo y emparedado entre la República Popular del Congo y Zaire, que geográficamente la separa de Angola, de la que es parte jurídica y administrativamente por su situación y más aún por las riquezas de su subsuelo y abundante petróleo, merece singular consideración. Es de destacar que su incuestionable pertenencia a Angola fue extremo que logró el unánime acuerdo de los tres partidos angoleños. Posiblemente ha sido el único. Ello no ha impedido que no bien florecieran los claveles de la revolución portuguesa surgiera en Cabinda un frente de liberación, el FLEC, capitaneado por Luis Raque. Goza de la benevolencia y protección de Brazzaville, junto con el MPLA, y el primer ministro congoleño, Henry Lopes, declaró recientemente en París: «Existe un hecho cabindés. Cabinda es diferente de Angola geográfica e históricamente.» Sin duda, admitió, la OUA ha aceptado el principio de respetar las fronteras heredadas de la colonización, pero la discontinuidad de fronteras «plantea un problema que no ha previsto la Carta de la OUA». En cambio, lo que sí puede preverse es que Zaire tendrá algo que decir con relación a este enclave, a un tiempo fronterizo con ese país y la República Popular del Congo, lo cual puede originar nuevas y más graves tensiones entre los dos ribereños del río Congo que por lo pasado.

Por si fuera poca la carga explosiva que por sí sola entraña Cabinda, ha surgido en Francia, pero en conexión con Brazzaville, un «Comité de Apoyo al Hecho Cabindeño», que apunta a la creación de una comunidad económica que, partiendo de los considerables recursos de Cabinda, permitiría financiar infraestructuras que beneficiarían a Gabón, la República Popular del Congo, Angola, Zaire, la República Centroafricana y, desde luego, a Cabinda. Nadie puede dictaminar si un proyecto de esta índole y magnitud pertenece al ámbito de los sueños o es viable andando el tiempo, pero en un plazo previsible y tal como se presenta la situación en esa región hay motivos para opinar que está más a la vista una lucha despiadada en Angola entre facciones rivales empeñadas en hacerse con el poder, lucha que podría

desembocar en el surgimiento de una serie de estadillos a base de tribus afines y más o menos mediatizados por sus vecinos y, en el caso de Cabinda, caer en manos del vecino que pueda al otro, previo enfrentamiento armado. A menos que se produjera en Angola un milagro de reconciliación entre partidos enfrentados. Se dan pocos milagros en política.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

